

*Relatos de Ciencia Ficción y fantasía del
más depurado estilo, para deleite de fans
muy exigentes*



LAS CANCIONES SECRETAS

FRITZ LEIBER

Fritz Leiber ha estado escribiendo excelente literatura del género de Ciencia Ficción durante más de treinta años. Las Canciones Secretas representa lo mejor de su obra, desde la más pura Ciencia Ficción hasta la fantasía y el horror. Esta colección de relatos cortos es un tributo a la universalidad y permanencia de la obra de Leiber y no puede faltar en ninguna biblioteca de Ciencia Ficción.

Introducción

Durante treinta años, Fritz Leiber se ha dedicado a entretener, inspirar, irritar, lustrar y deleitar a un público cada vez mayor, amante de la fantasía y la ficción especulativa. Ha recibido todos los honores y galardones que este género puede ofrecer, así como algunas notables prendas de estimación personales por parte de sus lectores, que comprenden toda la gama del curioso multigénero conocido vulgarmente por el nombre de «ciencia ficción»: lo espeluznante y macabro, la fantasía extravagante y «heroica», la ciencia ficción que se ocupa de máquinas y aparatos, la especulación sociológica y la sátira política, el simbolismo psicológico y el surrealismo de vanguardia. Goza de la más alta estima tanto por parte de la generación de Newrock como los viejos coleccionistas de *Amazings* de 1926... y tal vez por encima de todos, por sus propios colegas en el género: («un escritor para escritores»).

Sin embargo, su nombre es apenas conocido fuera de este campo. Y por sorprendente que parezca, ésta es su primera obra que se publica en Inglaterra... y solamente la segunda que ha visto la luz en los Estados Unidos; la primera fue publicada por una pequeña empresa especializada hace más de veinte años.

Este paradójico estado de cosas se debe en parte a su misma amplitud y variedad. Leiber es un romántico, pero también es un realista: un erudito y surrealista; poeta, profeta, panfletista, pacifista y calavera; pintor, escultor, autor de *collages* y pianista a ratos; practica de vez en cuando la

esgrima, juega muy en serio al ajedrez y se dedica a la escalada como un novato. Fue estudiante de filosofía, actor de la escena y la pantalla, predicador, profesor universitario, obrero fabril, director de publicaciones; ha escrito (además de ciencia ficción) artículos de enciclopedia, cuentos de horror lovecraftianos, ciencia popular, tratados políticos, textos para cómics, obras dramáticas, poesía, trabajos de crítica y de erudición; colabora asiduamente en las revistas de aficionados y en los *fanzines*, es un inveterado escritor de cartas y un lector omnívoro.

El interés por la literatura se le despertó a Leiber en la Universidad, donde consagraba la mayor parte del tiempo que le dejaban libre sus estudios sobre socialismo utópico, pacifismo, esgrima y ajedrez (la única asignatura en la que hoy se le considera oficialmente un «experto»), a sostener una prolongada correspondencia literaria. En ella descuellan las cartas que se escribió con H. P. Lovecraft (y con otros miembros del «Círculo Lovecraft») y con su amigo Harry Fischer, de Louisville. En las cartas que escribió a Fischer se mencionan por primera vez los personajes y parte del escenario de Fafhrd y el Ratonero Gris, y fue uno de los cuentos de este ciclo el primero que consiguió colocar y ver publicado en 1939 en *Unknown*, consiguiendo su autor llamar inmediatamente la atención de los *fans* que sentían predilección por la fantasía heroica.

Entre 1939 y 1943, publicó diversos relatos en *Unknown*, *Weird Tales* y *Future*. Después de pasarse un año enseñando arte dramático y retórica en el Occidental College, se dedicó brevemente a la literatura en 1942... en cuyo período escribió las dos novelas que habrían de colocarle sólidamente en el pináculo de la fantasía científica. *Conjure Wife* (llevada más tarde a la pantalla bajo el título de *Burn, Witch, Burn!*), combinaba la brujería tradicional con un realista ambiente académico contemporáneo; *Gather, Darkness*, iba más allá en dos direcciones (por lo menos), valiéndose del aparato y la literatura de la brujería en yuxtaposi-

ción con extrapolaciones tecnológicas y profecías políticas, para crear una de las primeras novelas de ciencia ficción verdaderamente modernas.

Aunque no hubiese escrito nada más, Leiber sería ya uno de los primeros autores del género. El año pasado releí ambos libros, y debo confesar que empecé a hacerlo con nerviosismo. Muy pocos recuerdos que tengan un cuarto de siglo resisten una íntima revisión. Pero éstos la resistieron. Si hoy leyese estos dos libros por primera vez, creo que reaccionaría con la misma sensación de descubrimiento y asombro que me produjeron en 1943.

La publicación de estas dos novelas significó la culminación del primer período de actividad literaria de Leiber. Durante los cinco años siguientes —su primer período de esterilidad— escribió únicamente un puñado de cuentos, de los que sólo consiguió publicar tres. Uno de ellos, «La muchacha de los ojos hambrientos», que figura en este libro, fue sacado a colación por Marshall McLuhan en *The Mechanical Bride*, en apoyo de su argumentación acerca de lo seguro que resultaba hacer publicidad con «un atractivo metafísico, un picor cerebral, un tormento abstracto». Una vez terminada su lectura, vale la pena volver el pensamiento veinte años atrás... antes de Twiggy y Jane Fonda, *Barbarella* y *Playboy*. «La muchacha» se publicó en 1949, el libro de McLuhan en 1951. Ambos tuvieron que esperar a que el público llegase a su altura.

Cuando «La muchacha» apareció en letras de molde, Leiber había iniciado un nuevo período de actividad que dio por resultado, entre otros relatos propios de aquella agridulce y profética generación del amor, «La luna es verde» y «Un cubo de aire» (recopilados aquí); y, en el anverso de una moneda repentinamente familiar, una vena satírica de un carácter terriblemente profético en «Atracción inminente» (también incluido en este libro), «Pobre Superman» y la novela *Green Millennium*, publicada en 1953. Pero en Norteamérica había sonado la hora de Joe McCarthy. Las

revistas de ciencia ficción pretendían ser el último reducto popular para los que disentían y los inconformistas... pero había que guardar las formas y no decir las cosas *demasiado* claramente. No hay que sorprenderse, pues, de que *Green Millennium* no se publicase en forma de serial en ninguna revista (lo que entonces era una saneada fuente de ingresos para cualquier novela del género) ni de que *The Silence Game*, una amarga historia sobre la postrer revuelta de los proscritos, llegase a ser la última palabra profética que había de pronunciar Leiber durante tres años más.

De nuevo quedaron relatos por publicar. En 1957, el campo parecía estar abonado para recibirlos... y la demanda parecía estimular la oferta de nuevo, de momento. Los nuevos relatos de 1957-1958 giraban en torno a dos nuevos temas, que a veces aparecían combinados: el viaje por el tiempo y el mundo *beat* (que aún no era *hippy*). *The Big Time*, el primero de los relatos del ciclo de la guerra cambiante entre «Serpientes» y «Arañas», obtuvo el premio Hugo en 1958... pero cuentos como «Rump Titty-Titty-Tum-Tah-Ti» (en este volumen) y *A Deskful of Girls* soliviantaron e irritaron a los lectores, más que divertirlos. Durante los tres años siguientes su producción volvió a ser irregular. Es difícil determinar hasta qué grado el desaliento económico y crítico que acompañó sus períodos más fecundos de crecimiento literario fueron factores que pesaron en sus detenciones cíclicas. La verdad es que él nunca parecía dejar de producir cuando su obra era objeto de una activa demanda; es más, su producción a veces la sobrepasaba. Así, tuvo verdaderos caracteres de victoria el titular ¡LEIBER HA VUELTO! que *Fantastic* publicó en la cubierta de un número consagrado totalmente a Leiber en noviembre de 1959, y que señaló el final del último período de verdadero silencio que tuvo este autor.

Aun así, cuando le costó tanto colocar los verdaderamente nuevos relatos escritos en 1960, como «Los círculos interiores» y «Las canciones secretas», dejó de escribir esa

clase de relatos y se dedicó con cierta asiduidad a las historietas de Buck Rogers. O cuando su novela *The Wanderer* (1964) ganó otro Hugo pero no le compensó el tiempo que invirtió en ella (tampoco consiguió publicarla por entregas en ninguna revista), aceptó el encargo de «novelar» *Tarzán y el Valle de Oro* (el único libro de la serie *Tarzán* cuya publicación bajo otro nombre fue autorizada por los herederos Burroughs).

Actualmente ha terminado una nueva novela, *A Spectre Is Haunting Texas*, una deshilvanada sátira que abarca una serie de obsesiones americanas, y que parece ir contra una norma aceptada, pues hoy en día la publicación en forma de libro suele ser más rentable que la publicación por entregas, y por ello los compiladores de libros se han vuelto más cautelosos. Asimismo, Leiber está dando los últimos toques al tan esperado tercer libro sobre Fafhrd y el Ratonero, que tiene que aparecer en edición de bolsillo. (En el momento actual, Leiber y Michael Moorcock son probablemente los dos principales autores de fantasía heroica). Entretanto, *Gonna Roll These Bones*, una historia moderna de horror, obtuvo el premio SFWA de Nébula para la mejor novela corta de 1957, en el mismo mes en que *New Words* le publicaba su soberbia y desquiciada *Square Root of Brain*. También escribe críticas para *Fantastic* y trabaja en lo que sin duda es una obra monumental (por encargo): *La Moderna Novela de Fantasía*.

En medio de todo esto, continúa ordenando los elementos de sus numerosas vidas, valiéndose del sexo y de Shakespeare, la ciencia y lo sobrenatural, la política y el pacifismo, el alcohol y el ajedrez, Hollywood, la Academia, la Iglesia, la escena y el mundo editorial, para cultivar sus demonios y *daimons* hábilmente conformados del mundo de hoy, utilizándolos en nuevos moldes cuando puede o en moldes viejos cuando debe. Y en ambas venas, jóvenes y viejos continúan escuchándole con placer.

Judith Merril

Las moscas del invierno

Después de lavar los platos de la cena, se produjo un movimiento general de la cocina al *living-room* de los Adler.

Estaba encabezado por Gottfried Helmuth Adler, llamado vulgarmente Gott. Estaba pensando en cómo se vería el grupo saliendo de un comedor, sí, atendido por doncellas de color y no de una cocina. En una gran copa de coñac llevaba lo que había quedado en la coctelera de los Martinis, un elixir incoloro aguado por el hielo fundido pero a pesar de todo más fuerte de lo que suponía su mujer. Aquella bebida monstruosa era un parte regular del programa cuidadosamente preparado por Gott para acabar felizmente la jornada.

«A la decimoséptima hora de la oración, Dios empezó a hacer picardías», se dijo Gott en una ocasión.

Se arrellanó en su sillón tapizado de cuero, abrió las *Vidas Paralelas* de Plutarco con la mano izquierda, miró a través de la mitad inferior de sus gafas bifocales de ejecutivo el párrafo de la biografía de César que había estado leyendo antes de cenar y después, sin mover la cabeza, volvió a mirar por la mitad superior hacia la cocina.

En seguimiento de Gott salió Jane, su mujer, que se sentó ante su tablero de dibujo, donde estaban colocados ordenadamente hojas, lápices, cuchillas, gomas de borrar, pinturas al temple, agua, pinceles y trapos.

Salió después el pequeño Heinie Adler, tocado con un casco transparente de astronauta provisto de un gran agujero de ventilación en su parte superior. Se acercó a un gru-

po de objetos, para quedarse de pie ante él: había primero una larga caja de madera que le llegaba hasta la rodilla con una caja más pequeña encima y apoyado en ella, un tablero de mandos fabricado en plástico azul y plateado, en el que sólo se movía una palanca; luego, frente al tablero de mandos, una sillita infantil de madera, y, detrás de ésta, otra larga caja alineada con la primera.

—Adiós, mamá; adiós, papá —dijo Heinie—. Me voy de viaje en mi astronave.

—Vuelve a tiempo de acostarte —le dijo la madre.

—¡Calienta los reactores! —murmuró el padre.

Heinie se sentó en la sillita, accionó dos veces la palanca de mandos y después se quedó muy quieto, mirando fijamente hacia delante.

Una cuarta persona entró en el *living-room*, procedente de la cocina... el Hombre del Traje de Franela Negra. Se movía con lastimosas sacudidas y tenía las facciones borrosas y color gris masilla propias de un engendro de la imaginación que aún no está plenamente desarrollado. (Había una quinta persona en la casa, pero ni siquiera Gott estaba aún enterado de su presencia.)

El Hombre del Traje de Franela Negra hizo un rígido ademán en dirección a Gott y abrió la boca disponiéndose a hablarle, pero el dueño de la casa contrajo silenciosamente sus labios en un rictus que parecía decir: «¡Todavía no, estúpido!», y con breve movimiento de cabeza le indicó el sofá colocado enfrente de su sillón.

—Gott —dijo Jane, con el lápiz en ristre sobre el papel —, últimamente haces cosas muy raras; se diría que hablas con seres inexistentes.

—¿Eso hago, querida? —contestó su marido con una sonrisa, pasando una página pero sin levantar la cabeza del libro—. Tienes que saber que hablar solo, es el remedio soberano contra la locura.

—Yo creía que era exactamente lo contrario —observó Jane.

—Pues no —repuso Gott para su información.

Jane se preguntaba qué podría dibujar, cuando se dio cuenta de que había esbozado muy débilmente y a pequeña escala la silueta de un niño, ejecutada en redondeles y palitos como el arte de Paul Klee o de los párvulos. Podía hacer otro «Club Infantil», desde luego, pero ¿dónde lo pondría esta vez?

El viejo reloj eléctrico con aplicaciones de bronce colocado en la repisa de la chimenea empezó a estornudar agudamente: «Misterio, misterio, misterio, misterio». Jane lo consideró de buen agüero para su dibujo, y sonrió.

Gott echó lentamente un trago de su copa y notó apenas el sabor del vodka sin aroma; un estremecimiento recorrió su epidermis y la habitación osciló de manera muy agradable por un momento, con las sombras persiguiéndose por ella. Entonces levantó sus pupilas y miró al Hombre del Traje de Franela Negra, observando con aprobación que permanecía sentado muy envarado en el sofá. Gott llevó su parte de la siguiente conversación sin proferir el menor sonido ni separar los labios más de un cuarto de pulgada, limitándose a dilatar las aletas de la nariz de vez en cuando.

FRANELA NEGRA: Ahora, si usted quiere prestarme atención unos momentos, Mr. Adler...

GOTT: ¡Habla cuando te hablen! No olvides que yo te he creado.

FRANELA NEGRA: Respeto su fe. ¿Ha recibido algún mensaje?

GOTT: Hoy apareció tres veces el número 6669 en pedidos y presupuestos. Recibí un anuncio por correo aéreo que principiaba: «¿Está usted preparado para un gran triunfo?», aunque el resto del anuncio no tenía ningún significado. Cuando abrí el sobre, la minutería del reloj de mi mesa señalaba a la estatua sin cara del Mercurio de la Cámara de Comercio. Cuando salía de la oficina, mi secretaria me susurró: «Un representante del Círculo Interior le visitará esta

noche», aunque cuando la interrogué, aseguró haberme dicho: «¿Encontró bien la carta para Innes Burkle y Cía.?» Como ella se da cuenta de mi sordera, tuve que callarme. De todos modos, parecía sincera. Si estos eran mensajes del Círculo Interior, sí, los recibí. Pero hablando en serio, dudo de la existencia de esa organización clandestina. Me parecen más probables otras explicaciones... por ejemplo, que voy en camino de tener una cirrosis. No creo en el Círculo Interior.

FRANELA NEGRA (*sonriendo astutamente... sus facciones se han vuelto más bellas y marcadas, aunque su tez sigue siendo gris masilla*): La psicosis es para las mentes débiles. Mire usted, Mr. Adler, usted cree en la Mafia, el F.B.I. y el movimiento clandestino comunista. Cree también en los altos grupos de control de los sindicatos, el mundo de los negocios y las organizaciones fraternales. Sabe cómo funcionan las grandes compañías. Está familiarizado con el espionaje industrial y político. Está bastante enterado de las secretas hermandades que existen entre los fabricantes de municiones, los financieros, los toxicómanos, los traficantes de estupefacientes, los *connaisseurs* de la pornografía, así como las fraternidades y sonoridades de los desviados y entusiastas sexuales. ¿Por qué le saca la lengua al Círculo Interior?

GOTT (*fríamente*): Yo no creo del todo en esas otras organizaciones. Y el Círculo Interior aún me sigue pareciendo algo más utópico que todas ellas juntas. Además, es posible que quieran hacerme creer en el Círculo Interior, para más adelante poder afirmar que estoy loco.

FRANELA NEGRA (*sacando una cartera negra de detrás de sus piernas y abriendo la cremallera*): ¿Entonces, no desea usted que le hable del Círculo Interior?

GOTT (con expresión inescrutable): *De momento, escucharé. ¡Silencio!*

Heinie gritaba excitadamente:

—¡Estoy en las estrellas, papá! ¡Están tan cerca que me quemó!

No dijo nada más y siguió mirando fijamente frente a sí, con unos ojos que le brillaban como diamantes.

—No la toques —le advirtió Jane, sin mirarlo. Su lápiz trazó algunas débiles estrellas de cinco puntas. Decidió que el Club Infantil estaría en la linde del espacio... lo pondría en un árbol, al borde del Viejo Barranco. Dijo entonces:

—Gott, ¿qué supones que Heinie ve allá arriba además de estrellas?

—Ángeles de ojos saltones, probablemente —le respondió su marido, volviendo a sonreír, pero sin levantar la cabeza del libro.

FRANELA NEGRA (*consultando una hoja de papel negro y crujiente que ha sacado de su cartera, aunque por lo que Gott puede ver no hay nada impreso, mecanografiado, escrito o símbolos de alguna clase trazados con tintas de colores en la hoja negra*): El Círculo Interior es la minoría selecta y secreta de este mundo, que actúa detrás y por encima de todos los tiburones, burros de carga, gandules opulentos y esos exhibicionistas de talento que llamamos genios. El Círculo Interior existe *sub rosa niger* desde hace miles de años. Gobierna la vida humana. Es el repositorio de todas las grandes facultades y la clave de los deleites supremos.

GOTT (*tolerante*): Lo presentas de una manera bastante verosímil. Todo el mundo cree a medias en esta poderosa organización secreta que se remonta a los tiempos de Sumeria.

FRANELA NEGRA: SUS miembros son pocos y muy selectos. Como usted sin duda ha comprendido, yo soy una especie de buscador de talentos para este grupo. Los méritos para ser admitido (*saca una segunda hoja negra de su cartera*) comprenden, entre otras cosas, una gran habilidad demostrada en lograr poder sobre hombres y mujeres, y en ejercerlo; un afán amoral por todas las cosas de la vida, una

sazonada mezcla de implacabilidad y confianza, más amplios conocimientos e ingenio centelleante.

GOTT (*con desdén*): ¿Y eso es todo?

FRANELA NEGRA (*tajante*): Sí. La iniciación es para toda la vida... y para la vida futura: uno de nuestros lemas es el grito que profiere Fernando al morir en «La Duquesa de Amalfi»: «Me reiré de mi buen nombre y me dedicaré a los placeres más extremos después de mi muerte». El castigo impuesto a quien revele los secretos de la organización no es sólo la muerte sino la extinción... todo recuerdo del culpable será borrado de la historia pública y privada; su nombre desaparecerá de los archivos; todo conocimiento y sentimiento de su persona serán borrados de la mente de sus esposas, amantes e hijos: será como si nunca hubiese existido. Éste, a propósito, es un buen ejemplo de los poderes del Círculo Interior. Tal vez le interese saber, *Mr. Adler*, que como resultado de la actividad vengativa del Círculo Interior, los nombres de tres reyes ingleses han sido expurgados de la Historia. Entre otros que han sufrido igual suerte se cuentan dos papas, siete artistas de cine, un genial artista flamenco superior a Rembrandt... (*Mientras recita una lista al parecer interminable, la Quinta Persona entra arrastrándose a gatas, procedente también de la cocina. Gott de momento no puede verla, pues entre la puerta de la cocina y él se interpone el sofá. La Quinta Persona es el Bufón Negro, que más bien parece una caricatura de Gott pero que tiene la misma tez color masilla del Hombre del Traje de Franela Negra. El Bufón Negro lleva un ajustadísimo traje del mismo color, botas y guantes recamados de plata, y una caperuza negra de cuyos bordes penden campanillas de plata que no tintinean. Lleva un cetro rematado por una pequeña calavera tocada con una caperuza negra como la suya, adornada por diminutas campanillas de plata que, a semejanza de las mayores, tampoco tintinean.*).

EL BUFÓN NEGRO (*irguiéndose de pronto como una cobra detrás del sofá y dirigiéndose al Hombre del Traje de*

Franela Negra por encima del hombro de éste): ¡Eh! ¿De modo que aún sigues acariciando sus maltrechas esperanzas con esas tonterías sobre el Círculo Interior? ¡Buena pesca, hermano...! Jugueteas con tu pez muy hábilmente.

GOTT (*enormemente sorprendido, pero dominándose y haciendo acopio de valor*): ¿Y tú quién eres? ¿Cómo te atreves a presentarte con tu jerigonza en mi corte?

EL bufón negro: ¡Escuchad como el viejo gallo se hace el inocente! Como si no supiese que él mismo nos creó a los dos, una y otra vez, para apartar de sí el hastío, la locura o el suicidio.

GOTT (*con firmeza*): Yo nunca te he creado.

EL BUFÓN NEGRO: Sí, viejo gallo, sí, tú me creaste. La verdad es que tu mente sólo ha sabido engendrar gemelos... por cada cosa buena, una cosa mala, por cada aliento, una ventosidad, y por cada negro, otro negro.

GOTT (*se le dilatan las aletas de la nariz y de sus ojos brota una mortífera mirada, que se dirige zumbando hacia el recién llegado como una abeja invisible*).

EL bufón negro (*palidece y retrocede tambaleando cuando le alcanza la mortífera mirada, pero la aparta de sí con gran esfuerzo y fulmina a tu vez a Gott con una mirada asesina*): Viejo gallo padre, por fin empiezo a odiarte.

En aquel preciso instante se puso en marcha el motor del refrigerador en la cocina y su fuerte y rápido zumbido le pareció a Jane una voz que decía: «Vigila a tus hijos, están en peligro. Vigila a tus hijos, están en peligro».

«Yo no me chupo el dedo», repuso Jane, malhumorada, en su fuero interno, irritada por la desagradable interrupción, precisamente cuando su lápiz trazaba con rapidez las principales líneas del Club en el Árbol, con la luna que ya se había levantado entre nubes al otro lado del barranco, en el cielo del anochecer. Sin embargo, dirigió una mirada a Heinie. El niño no se había movido. A pesar de que ella podía ver que el casco de plástico estaba abierto en el cue-